# *Carta de Francia*

*Francia, España y don Antonio*

POR ESTA VEZ LA *Carta de Francia* BIEN PODRÍA LLAMARSE *Carta de España*. Así es. ¿Cómo pedir a un español que hable este mes del delicioso *On ne badine pas avec l'amour*, de Musset, escenificado por el T.N.P.; del último libro de Queneau o de esta o aquella exposición, cuando Francia entera ha estado dominada –invadida– por un españolísimo acontecimiento cultural? Lo mejor de las letras francesas había decidido rendir homenaje a la memoria de don Antonio Machado en el XX aniversario de su muerte en tierra francesa. Y allá fuimos, al pueblecito mediterráneo de Collioure donde don Antonio, cara al Mare Nostrum, se nos fue el 22 de febrero de 1939.

En este otro 22, cuando veinte febreros han ido ya posándose, uno tras otro, en el alma de España, han ido plateando sienes, segando vidas terrenas y germinando otras ajenas ya a la tragedia que enterrara a don Antonio, en este domingo que tan español nos parece en el doble azul –mar y cielo– de Collioure, hemos cubierto de flores la tumba del poeta de *Campos de Castilla*, la tumba de Abel Martín y de Juan de Mairena. Flores españolas, cortadas en Francia o en España; las mías depositadas fervorosamente en nombre de PAPELES DE SON ARMADANS, las de Chueca, Petere, Castellet, Romero, Lobo, Goytisolo, Costafreda, Valente, Conde,

Novais, Corrales Egea, Barral, Gil de Biedma, Blas de Otero... La voz de Claude Couffon —más aún que hispanista, «españolista» de pura cepa— y la de M. Combeau, presidente de la «Association des Amis d'Antonio Machado de Perpignan et Collioure», nos anunciaron el «año Antonio Machado» de las letras francesas y el premio que se instituye con el nombre de nuestro poeta. Y los mensajes del maestro don Ramón Menéndez Pidal y de Pablo Casals tuvieron resonancias de eterna permanencia española, escuchados en silencio por quinientas personas, por los cipreses —el suyo plantado por manos amorosas, hace unos días—, por las piedras del castillo de los Templarios que recordaba sin duda los días en que Ana de Aragón y los reyes de Mallorca ocupaban sus estancias.

Lo que al principio pudimos creer simple gesto emotivo de escritores franceses y españoles, adquirió pronto singular resonancia en el ámbito de la cultura francesa. Con unanimidad raras veces lograda, las revistas literarias de París se han sumado al homenaje; entre ellas, merece destacarse el *Figaro Littéraire*. Y Francia ha sabido mostrarse tan compenetrada con esta efemérides de nuestra cultura, que durante varios días las ondas de la *Radiodiffusion Française* han rendido homenaje a don Antonio, encabezado por el hispanista y director del Museo de Arte moderno, Jean Cassou; recitales de María Casares, música de Salvador Bacarisse, charlas de André Camp, Couffon, el profesor Aubrun, Buero Vallejo, Blas de Otero y el autor de estas líneas, reportajes de España y de Francia...

Pero faltaba algo. Un algo que se merecía don

Antonio que, al descubrir París en 1899 y 1902, se descubría un poco él mismo; don Antonio, que había paseado por las orillas del Sena de la mano de Leonor, que en 1910 asiste al curso de Bergson en la Sorbona mientras escribe *La tierra de Alvargonzález*, y que en este París –el 14 de julio de 1911– comprende que Leonor está herida de muerte por la enfermedad. Y ese algo, lo ha ofrendado la misma Sorbona, en su homenaje a don Antonio en este 6 de marzo de 1959.

He asistido a muchos actos en la Sorbona, pero no recuerdo haber visto el anfiteatro colmado de público, para un acto estrictamente cultural, como la tarde del 6 de marzo. Muchachos franceses y españoles, escritores, profesores, artistas... En el patio universitario quedaron unas doscientas personas que no encontraron sitio ni siquiera en las escaleras y pasillos. En presencia del rector M. Sarrailh, dos grandes prestigios del hispanismo, M. Marcel Bataillon –del Colegio de Francia– y M. Charles Aubrun, Director del Instituto de Estudios Hispánicos de la Sorbona, hicieron un elogio de nuestro poeta en el que lo protocolario estaba ausente, pues el corazón dictaba sus palabras. Particularmente emocionante fue la anécdota contada por el profesor Bataillon de aquel catedrático francés de lengua española que, prisionero en un campo alemán en 1941, entretenía sus tristes ocios enseñando nuestra lengua. ¿Cómo? Con poemas de Machado, recitados de memoria, cuya sonoridad y sencillez permitían la mejor pronunciación del castellano. M. Aubrun expuso la importancia que la lengua y literatura españolas tienen en los diversos grados de la enseñanza francesa y cómo los chicos

que estudian el bachillerato saben recitar los poemas de don Antonio, cuya obra ha sido ya objeto de varias tesis presentadas en la Sorbona.

Oímos también una emotiva *Suite pastorale*, de Bacarisse, compuesta para este acto, y la dicción limpia, transparente, de Josita Hernán, recitando *A un olmo seco*. Con religioso silencio y emoción mal contenida, aquel auditorio devoto fue escuchando los mensajes. De Menéndez Pidal:

> «Este dolorido recuerdo que dedicamos a »Machado, el poeta amante de la soledad, »es para nosotros nostalgia soledosa, es voto »anhelante y esperanzado de que estos restos »vayan pronto a descansar en la tierra a la »que el poeta tanto afecto consagró, en la que »tanta inspiración hallaba. Que esta fúnebre »repatriación sea pronto símbolo de firme uni»dad de las dos Españas en la España única »que todos anhelamos».

De Jorge Guillén:

> «Ahora y siempre recordamos y releemos a »Antonio Machado, que sería ya San Antonio »Machado si su vida y su obra no nos ense»ñasen que la más alta meta del hombre es »llegar a ser hombre».

Y los de nuestro director, Camilo José Cela, del Dr. Marañón, de Vicente Aleixandre, de Joaquín Pérez

Villanueva, director del Colegio Español de la Cité Universitaire, de Concha e Isabel García Lorca, coronados con el saludo del Premio Nobel, Albert Camus, declarando a Machado y Lorca «la más alta representación de la poesía española».

Luego, cuando el profesor del Instituto Hispánico, M. Robert Marrast, anunció que Blas de Otero, allí presente, iba a recitar su último poema en homenaje a Machado, fue interrumpido por la más clamorosa ovación que puede imaginarse. Blas de Otero no tenía necesidad de ser presentado porque era de todos conocido. Con voz rotunda y dicción dramática recitó su poema pidiendo a don Antonio «que vuelvas», «en la nave que pronto ha de tornar», porque queremos «compartirte, como el pan». Y fueron aquellos unos momentos en que parecía resonar en el ámbito sorboniano la voz de España entera reclamando a su poeta, más vivo hoy que nunca en la española conciencia.

No cabía duda. España había ganado la partida. Y la había ganado porque don Antonio, como el Cid legendario, obtiene victorias después de su muerte.

Continúan las jornadas machadianas como propulsadas por reacciones en cadena. Mañana en el Colegio de México, pasado en el Instituto de Estudios Hispánicos... ¿Comprenden ustedes por qué esta *Carta de Francia* no podía ser otra cosa que evocación de Soria, de Sevilla, de Segovia, de Baeza, del «Guadarrama azul»? Ahora sí que podemos decir que, ante el recuerdo de don Antonio, ya no hay Pirineos.

MANUEL DE LARA

*138, Bd. Saint-Germain.*
*Paris VI.*